

# Tíbet 2008: narrativas en conflicto, escenario global

Carles Prado-Fonts  
Universitat Oberta de Catalunya

## Síntesis

Los incidentes de marzo de 2008 en Tíbet se inscriben en múltiples problemáticas que dotan al conflicto de una densidad que, sin embargo, ha resultado polarizada por la manera como fueron narrados nacional e internacionalmente. Tras describir los principales hechos que se produjeron en el mes de marzo y sus derivaciones globales posteriores, el presente artículo inscribe el conflicto en, por una parte, una coyuntura socioeconómica particular y, por otra parte, unas estructuras históricas subyacentes que, en combinación, pretenden conformar un marco interpretativo crítico y comprensivo. Finalmente, el artículo plantea algunos matices dentro de los dos grandes bloques (chino y occidental) que dominan la narración del conflicto y destaca la posición subalterna de las voces tibetanas autóctonas en esta dialéctica de narraciones.

## Introducción

Dos escenas. En los medios de comunicación occidentales, la imagen predominante del recorrido internacional de la antorcha olímpica durante el mes de abril de 2008 es la de un colectivo de activistas tibetanos que consigue apagar la antorcha olímpica en las calles de París. En los medios chinos, en cambio, la imagen predominante es la de Jin Jing, tiradora de esgrima paralímpica quien, desde su silla de ruedas, lucha vigorosamente para defender la antorcha de un activista que, en las mismas calles, pretende apagarla.

Dos deseos. Desde el exilio, el Dalai Lama pide reiteradamente la "vía intermedia" para resolver el conflicto tibetano y la instauración de un auténtico régimen de "un país, dos sistemas", en el que Tíbet políticamente forme parte de China pero, al mismo tiempo, mantenga una cierta independencia religiosa. En Tíbet, en cambio, lo que realmente desean la mayoría de tibetanos es "un país, un sistema", es decir, que si Tíbet es efectivamente parte de China, se equi-

paren sus libertades y la permisividad gubernamental de las que actualmente gozan los ciudadanos de la mayoría de regiones de la República Popular.

Ambas dualidades son significativas de la complejidad subyacente en los acontecimientos acaecidos en Tíbet durante el mes de marzo de 2008 y, sobre todo, de su repercusión global y posterior interpretación. Los incidentes de marzo

*" Desde el exilio, el Dalai Lama pide reiteradamente la 'vía intermedia' para resolver el conflicto tibetano y la instauración de un auténtico régimen de 'un país, dos sistemas' (...) En Tíbet, en cambio, lo que desea la mayoría de tibetanos es 'un país, un sistema', es decir, que si Tíbet es efectivamente parte de China, se equiparen sus libertades y la permisividad gubernamental"*

de 2008 se inscriben en múltiples problemáticas que dotan al conflicto tibetano de una densidad que debería permitir explicar ambas dualidades, pero que, a su vez, resulta polarizada por la manera como fueron descritos nacional e internacionalmente.

Algunas de las problemáticas que gobiernan el conflicto y sus

repercusiones son: la política de nacionalidades de China; las limitaciones del Estado-nación; la interrelación entre lo global y lo local; el reduccionismo interpretativo de los medios de comunicación; los valores y la percepción de la modernización y el progreso; la influencia de las estructuras históricas; la relevancia de la visibilidad internacional; la dificultad de articular una voz propia entre discursos dominantes.

A la vista de este complejo planteamiento se hace necesario, pues, abordarlo de un modo panorámico, atendiendo tanto a la cronología de los hechos puntuales, como a la coyuntura y a las estructuras históricas en que se inscriben, sin dejar de lado –muy especialmente– los aspectos de la interpretación intercultural que determinan su narración.

## Cronología y desarrollo

*Viernes 7 de marzo.* El Dalai Lama pronuncia en Dharamsala un discurso más enérgico de lo habitual en el que denuncia las violaciones de los derechos humanos que China comete en Tíbet, la falta de libertades religiosas y arremete contra los Juegos Olímpicos de Beijing. Aun así, insiste en la vía intermedia y en la renuncia a la independencia. Las declara-

MAPA 1. Tíbet político y étnico



Fuente: *Elaboración propia*

ciones del líder tibetano son claramente interpretadas como una señal para utilizar los próximos Juegos Olímpicos como medida de presión.

**Lunes 10 de marzo.** Es el día del 49º aniversario de la revolución tibetana de 1959, durante la cual el actual Dalai Lama tuvo que huir a India e instaurar la capital tibetana en el exilio en Dharamsala. Unos 300 monjes salen en procesión del monasterio de Drepung, a unos 8 kilómetros del centro de Lhasa. Además de conmemorar el 49º aniversario de la revolución, protestan por la detención de monjes después de que el Dalai Lama recibiera la medalla de oro del Congreso norteamericano el otoño anterior. Unos 2.000 policías les impiden el acceso a la ciudad. Los monjes realizan una sentada pacífica y algunos de ellos son agredidos por la policía antes de dispersarse. Al anochecer, estudiantes y monjes de los principales monasterios de Lhasa celebran otra manifestación en el centro de la ciudad. Organizan una cadena humana alrededor de la plaza de Barkhor, que se encuentra ocupada por la policía y agentes de paisano. Se practican algunas detenciones.

**Martes 11 de marzo.** Nueve monjes salen del monasterio de Sera, al norte de Lhasa, ondeando una bandera tibetana –símbolo de la independencia y prohibida en Tíbet desde 1959. Inmediatamente, son detenidos por la policía. Cientos de monjes piden en las calles su liberación mientras soldados del ejército los dispersan con gases lacrimógenos.

**Miércoles 12 de marzo.** Los comercios de Lhasa, la mayoría de los cuales son regentados por chinos de etnia han, cierran en previsión de posibles altercados en la ciudad. La policía rodea el monasterio de Sera mientras los monjes vuelven a manifestarse. La policía golpea a algunos monjes. El ejército se despliega por la zona y bloquea varios accesos a los principales monasterios de Lhasa.

**Jueves 13 de marzo.** El ejército controla las carreteras. Miles de soldados practican registros domiciliarios en busca de elementos incriminatorios, como imágenes del Dalai Lama.

**Viernes 14 de marzo.** Bajo la impresión de que el peligro ha pasado, los comercios vuelven a abrir sus puertas, pero estalla una jornada de importantes disturbios. A las 11.30 h, la policía impide el paso a un pequeño grupo de monjes en Lhasa. Algunos testimonios del incidente empiezan a lanzar piedras contra la policía. Llegan camiones de refuerzo. Cuando los nuevos efectivos policiales salen de los camiones, una veintena de manifestantes –jóvenes adolescentes o veinteañeros– les recibe a pedradas. El resto de testimonios –tibetanos de mayor edad– les aplauden. Los jóvenes no van armados, pero lanzan con extrema violencia piedras y adoquines a la policía. Se rompen algunos cascos de los policías, que huyen del lugar. Los manifestantes empiezan entonces a atacar a los transeúntes chinos de etnia han. A primera hora de la tarde las agresiones se extienden por toda la ciudad. Los asaltantes se ensañan en los

comercios chinos, que son mayoritarios en el centro de Lhasa. Parecen más interesados en la mera destrucción (rompen cristales de las tiendas, prenden fuego a sus productos) que en el saqueo. La violencia se torna indiscriminada: vuelcan coches y les prenden fuego, queman banderas chinas. Se pueden oír gritos de “larga vida a Tíbet” y “larga vida al Dalai Lama”. Los ataques se extienden a las zonas musulmanas de Lhasa y a los ciudadanos de etnia hui. Algunos tibetanos ayudan a ciudadanos han que se ven asediados. Hacia las 16.00 h el ejército y la policía consiguen regresar al centro de la ciudad. Se decreta el estado de sitio.

*Sábado 15 de marzo.* Los soldados ocupan el centro de Lhasa y recuperan el control de la ciudad. La represión que sigue es también indiscriminada en las calles y en los registros domiciliarios. A su vez, las protestas estallan en otras zonas del Tíbet político y también del Tíbet étnico. En el monasterio de Labrang en Xiahe, provincia de Gansu, a más de 1.000 kilómetros al noreste de Lhasa, por ejemplo, más de 1.000 tibetanos marchan en señal de protesta.

*Domingo 16 de marzo.* Se producen manifestaciones de protesta con la bandera tibetana y retratos del Dalai Lama en las zonas tibetanas de las provincias de Sichuan, Gansu y Qinghai. Se producen numerosos altercados con la policía, ataques a edificios oficiales y se reproducen –quizás con menor intensidad, aunque las fuentes son poco claras– los disturbios con incendios, agresiones y atentados.

*Lunes 17 de marzo.* Las manifestaciones se extienden a las embajadas y consulados de China en todo el mundo. También en Beijing, donde estudiantes tibetanos realizan sentadas pacíficas en señal de protesta.

A finales de marzo el exilio tibetano denuncia un total de 140 muertos, todos ellos por la represión policial en Lhasa. La cifra oficial china, en cambio, señala 22 muertos, todos ellos civiles inocentes. El baile de cifras contempla también centenares de heridos (civiles y policías) y, posteriormente, más de 950 detenidos. No circulan cifras claras sobre otros lugares fuera de Lhasa.

El conflicto se traslada a un escenario global. A lo largo de la segunda mitad de marzo y el mes de abril siguen las protestas por todo el mundo y bajo distintos formatos. Es especialmente relevante el marco que proporciona el recorrido de la antorcha olímpica al paso por ciudades como Londres, París y San Francisco. Esta circunstancia se convierte en una plataforma itinerante para las manifestaciones contra el gobierno chino y a favor del pueblo tibetano. Se despliegan fuertes medidas de seguridad y se producen múltiples escenas de violencia. Algunos manifestantes intentan (y consiguen) apagar la llama o, simplemente, obstaculizar su

recorrido. Empiezan a circular opiniones que piden el boicot a los Juegos Olímpicos de Beijing o, por lo menos, a su ceremonia inaugural. Hay declaraciones en este sentido por parte de políticos, activistas y figuras mediáticas diversas. Se recupera y acentúa el ambiente que, a mediados de febrero, albergó la renuncia de Steven Spielberg como asesor artístico de los Juegos debido a la negativa del gobierno chino a mediar en el genocidio de Darfur.

La radicalización del conflicto revierte también en China. A mediados de abril se propaga por la red y por mensajes de móvil una propuesta de boicot a Carrefour y a los productos franceses que canaliza la indignación en forma de represalia por las protestas en París, por el apoyo de uno de los propietarios de Carrefour a la causa tibetana y por las supuestas donaciones del grupo al Dalai Lama. El gobierno chino intenta censurar estos mensajes y pide oficialmente moderación. Las protestas llegan a producirse presencialmente frente a los supermercados. Las protestas antioccidentales se extienden por toda China, especialmente en las grandes ciudades. Toman como blanco de referencia las cadenas CNN y BBC, así como empresas como Louis Vuitton, L'Oréal o Peugeot-Citroën. De manera más reducida, se producen quemas de banderas francesas ante la embajada y el Liceo Francés.

La cronología y la extensión de los hechos permiten intuir algunos de los ejes del conflicto y elementos principales de su desarrollo:

- a) Se mantienen los elementos que ya habían desempeñado un papel importante en revueltas sociales anteriores (por ejemplo en los años ochenta) como la figura del Dalai Lama, las reivindicaciones identitarias y religiosas, la etnicidad o la fuerza política y militar.
- b) La extensión geográfica es novedosa: de Lhasa a otras zonas del Tíbet político (la Región Autónoma de Tíbet) y del Tíbet étnico (zonas de provincias vecinas como Sichuan, Gansu o Qinghai), y de allí al contexto internacional. Cabe destacar también la diferencia entre las protestas en Lhasa (más violentas, temporalmente más limitadas y centradas en la destrucción y el saqueo) y las protestas en las áreas rurales (más difuminadas en el tiempo, de un carácter más identitario).
- c) La extensión social del conflicto: no sólo se movilizan los monjes –la vanguardia política, cultural y religiosa de Tíbet– y los estudiantes e intelectuales, como sucedió en los años ochenta, sino también otros estamentos de la sociedad: campesinos y trabajadores.
- d) La interrelación de discursos y problemáticas: el conflicto y sus repercusiones han hecho explícitos los vínculos, no

siempre visibles de un modo tan evidente, entre aspectos políticos, sociales, culturales, económicos y deportivos.

e) El uso del teléfono móvil y de las nuevas tecnologías: tanto en el propio desarrollo de los hechos (durante los disturbios, por ejemplo, un gran número de ciudadanos recibieron SMS en los que se les alertaba del peligro) como en su posterior cobertura e interpretación (a pesar del cierre de la zona a periodistas, las informaciones circularon mediante blogs, impresiones de turistas que presenciaron los hechos; el papel de *Youtube* fue aquí importante). Esto contrasta con el bloqueo informativo (se prohibió el acceso de periodistas no sólo a Tíbet, sino también a las provincias vecinas) y con la falta de información oficial. Se despliega un control todavía más estricto que antes de internet y el acceso de las cadenas de televisión extranjeras. El control de los medios de información, pues, se revela tan importante como el control del propio conflicto.

En este sentido, la cobertura del conflicto desató, en sí misma, otro conflicto altamente radicalizado. Por una parte, los medios globales tendieron a centrarse en la represión policial y no cubrieron las agresiones y el saqueo de tibetanos a ciudadanos han. Sin imágenes de la represión policial –las únicas que circulaban eran de actos vandálicos tibetanos– algunos medios difundieron imágenes de violencia policial que habían tenido lugar en India y Nepal haciéndolas pasar por imágenes de Tíbet. Asimismo, tendieron a centrar la cobertura en los incidentes de Lhasa, de mayor impacto mediático, que en los de otras zonas rurales, quizás menos impactantes pero que, sin duda, daban un sentido más completo al conflicto. A su vez, los medios globales criticaron a los medios chinos por censurar y manipular la información del conflicto. Por otra parte, los medios chinos tendieron a centrarse en las agresiones y el saqueo de tibetanos a ciudadanos han. Se ignoraron los motivos de estas agresiones y se ocultó la represión policial. A su vez, los medios chinos criticaron la manipulación informativa de los medios globales tomando las delegaciones de algunos medios (*RTL*, *NTV*, *Bilt* o *RFI*) que habían cometido garrafales errores de información (en la identificación de imágenes, por ejemplo), y gran parte de la sociedad civil criticó la manipulación de los medios globales.

## Coyunturas

Los incidentes se inscriben en una coyuntura específica en la relación entre Tíbet y China de los últimos años.

Las protestas (sobre todo en Lhasa y en otros enclaves urbanos) tienen su origen más directo en una situación de inferioridad socioeconómica de los tibetanos en comparación

con los emigrantes chinos de etnia han y hui que se han instalado en Lhasa y otras ciudades de Tíbet. Los tibetanos han visto en las últimas décadas como la emigración han ha generado y ocupado los puestos de trabajo en las ciudades. Más recientemente, los hui también han empezado a instalarse y

abrir comercios en Lhasa. La finalización en 2006 de una línea ferroviaria de altura que une Tíbet con China ha acentuado este proceso migratorio y sus derivaciones: la activación de la economía de la zona (comercio, turismo) ha disparado la inflación y ha provocado importantes desigualdades en el nivel de vida de la población. El desempleo (y el desencanto) entre la población tibetana es creciente y contrasta con la prosperidad de los emigrantes chinos han.

Las protestas en Lhasa y, sobre todo, en las zonas rurales y del Tíbet étnico tienen también su origen en una reivindicación identitaria. Así lo demuestran actos simbólicos como la

sustitución de banderas chinas por banderas tibetanas en edificios oficiales, o como el hecho de que, según algunos testigos, uno de los principales objetos saqueados en Lhasa durante los disturbios fuera el papel higiénico: los manifestantes lo lanzaban alrededor de los cables eléctricos de las calles para que cobraran el aspecto de los tradicionales caba-

llos de viento –bandas de seda blanca típicas en Tíbet situadas en lugares como templos, monasterios o en las cimas de las montañas.

Los tibetanos reivindican una identidad propia en oposición al control político que ejerce el gobierno chino. Este control se plasma en diversas prohibiciones, controles y regulaciones que abarcan desde el ámbito más simbólico (la censura de la imagen del Dalai Lama en público –se tiende a tolerar en privado– o el decreto por el cual el gobierno chino deberá aprobar el reconocimiento de las futuras reencarnaciones de los lamas, incluida la del Dalai Lama), hasta el ámbito

“ Los medios globales criticaron a los medios chinos por censurar y manipular la información del conflicto. Por otra parte, los medios chinos tendieron a centrarse en las agresiones y el saqueo de tibetanos a ciudadanos han. Se ignoraron los motivos de estas agresiones y se ocultó la represión policial.”

“ Las protestas (sobre todo en Lhasa y en otros enclaves urbanos) tienen su origen más directo en una situación de inferioridad socioeconómica de los tibetanos en comparación con los emigrantes chinos de etnia han y hui que se han instalado en Lhasa y otras ciudades de Tíbet. (...) En las zonas rurales y del Tíbet étnico tienen también su origen en una reivindicación identitaria.”

más cotidiano (la estricta vigilancia de los monasterios o el control de los medios de comunicación). El agravio para los tibetanos se reproduce también en la lengua y la educación: es posible escolarizar a los niños en tibetano, pero sólo en la escuela primaria. Esto deja en desventaja a estos alumnos al llegar a la educación secundaria, impartida sólo en mandarín. La consecuencia de todo ello es una progresiva regresión de la alfabetización en tibetano.

Paralelamente, los tibetanos reivindican una identidad propia que configura sus principios de vida, su organización social y sus estructuras económicas ante una modernización que perciben como un sistema impuesto, injusto y que les degrada como ciudadanos en su propia tierra. Alrededor de este concepto de modernización existe una importante contradicción interpretativa.

En Tíbet, algunos de los indicadores que habitualmente (en la tradición occidental) se consideran como marcas de progreso (esperanza de vida, PIB regional, crecimiento de población, mejora de las infraestructuras) son actualmente los mejores de la historia de la región. Algunos de ellos son incluso superiores a los de otras regiones de China. Esto hace que, en China, el gobierno y gran parte de la población (principalmente los ciudadanos de la nueva clase media) estén convencidos de que China ha proporcionado y está proporcionando progreso y modernidad a Tíbet. De hecho, no hay que olvidar que la Región Autónoma de Tíbet sobrevive gracias a los fondos del gobierno chino, ya que la administración regional es altamente deficitaria y no puede ser autosuficiente. El mantenimiento y el desarrollo de Tíbet, en múltiples sentidos, depende directamente de Beijing.

No obstante, los tibetanos no perciben todo esto como un progreso. Incapaces (por su forma de vida, pero, sobre todo, por su formación –o falta de ella) de aprovechar las oportunidades que brinda este nuevo contexto económico, sostienen que los beneficios de esta imposición de tipo colonial van a parar a los chinos y que la modernización ha acentuado la pobreza y la polarización social. Dicho rechazo a la modernización no hace más que aportar argumentos al gobierno chino para reforzar la imagen de un Tíbet precomunista como una sociedad subdesarrollada y feudal que explota a los campesinos. Se produce, pues, un malentendido intercultural que, sin duda, cuestiona los términos y las implicaciones de la modernidad y el desarrollo.

El proceso de urbanización es un claro ejemplo de estas divergencias interpretativas y de la interrelación entre la

problemática socioeconómica y la reivindicación identitaria. Según fuentes oficiales, el plan de desarrollo rural hará que en 2010 un 80% de la población rural tibetana se convierta en sedentaria. Pero estos habitantes (pastores, nómadas) no saben cómo desenvolverse en el nuevo contexto urbano que se les ha impuesto: desconocen la manera de emprender un cambio de vida –para empezar desconocen el mandarín, lengua del comercio y de la educación– y por consiguiente terminan viviendo en una localización altamente simbólica: en los márgenes de las nuevas carreteras e infraestructuras construidas por el gobierno y al margen de un progreso económico al que ven pasar sin que se detenga delante de sus nuevos hogares.

Cabe destacar también que las protestas ante este complejo desagravio que estallaron en los disturbios de Lhasa se suelen canalizar por medio de dos peticiones específicas. Por una parte, el regreso del Dalai Lama, figura de importancia simbólica indiscutible que personifica la identidad política y cultural tibetana más allá de los aspectos puramente religiosos que también capitaliza. Por otra parte, el respeto a los derechos humanos, un concepto paraguas de protesta que quiere dar voz a estos múltiples agravios socia-

**“ Es posible escolarizar a los niños en tibetano, pero sólo en la escuela primaria. Esto deja en desventaja a estos alumnos al llegar a la educación secundaria, impartida sólo en mandarín. La consecuencia de todo ello es una progresiva regresión de la alfabetización en tibetano.”**

les y políticos y que, sobre todo, enlaza con la sensibilidad occidental y con el programa de las asociaciones independentistas del exilio, de las que hablaremos más adelante.

Los incidentes se inscriben también en una coyuntura muy

particular de la relación entre China y el mundo: el año 2008. Para entender la trascendencia de este año es preciso revisar las consecuencias de las dinámicas históricas del último siglo y medio para China. El año 2008 ha sido percibido por los chinos como un *turning point*, un año clave en el que asomarse al mundo y purgar los efectos del dominio (semi)colonial desde mediados del siglo XIX. La relación psicológica de China con Occidente viene determinada por las guerras del opio (1839-1842 y 1856-1860), el siglo de concesiones extranjeras epitomizado en Shanghai (1843-1946), la revuelta de los bóxers (1898-1901), la resolución del Tratado de Versalles (1919), las guerras sino-japonesas (1894-1895 y 1937-1945) y el escenario de guerra fría posterior. Los chinos de hoy en día se sienten aún víctimas de este siglo y medio de tensiones y agresiones –un victimismo que el gobierno chino ha sabido avivar estratégicamente en múltiples ocasiones para aunar así patriotismo, cohesión social y dominio político–. Es imprescindible entender que este marco histórico ha tejido un paradigma interpretativo desde el cual China y los chinos abordan el conflicto tibetano; del mismo modo que, obviamente, lo ha hecho para Occidente.

2008 ha sido el año de los Juegos Olímpicos de Beijing, un acontecimiento de gran carga simbólica que debía permitir a China exorcizar el pasado ganándose el respeto y la admiración internacional como nueva potencia mundial, culminación del proceso de reforma de las últimas décadas. Los incidentes en Tíbet y la cobertura mediática global han provocado una intensa reacción patriótica, sobre todo de la clase media china. En este sentido, es erróneo y simplista ver en este nuevo nacionalismo chino un fenómeno generado únicamente desde el gobierno y los medios de comunicación oficiales. Se trata, también, de un sentimiento más espontáneo que la presión internacional y la cobertura global del conflicto resituaron en un escenario psicológico conocido que justamente se pretendía dejar atrás. De hecho, es significativo que el tono de las declaraciones oficiales fuera, salvo excepciones, mucho más suave que el de la opinión pública.

De igual forma, 2008 y los Juegos Olímpicos se presentaron como una oportunidad única también para los separatistas tibetanos. Organizaciones independentistas en el exilio como el Tibetan Youth Congress, plenamente conscientes de que las autoridades chinas cortarían cualquier protesta de manera radical, actuaron a conciencia para conseguir voz y visibilidad en todo el mundo. No todos los separatistas esperaban conseguir la independencia con los incidentes y las campañas posteriores, pero sí veían factible erosionar la imagen de China en un momento histórico tan trascendental para el país.

Así pues, el año 2008 ha propiciado una plataforma para la visibilidad internacional, una ubicación en el punto de mira del mundo que ha sido clave también en la explosión y propagación del conflicto. Ahora bien, dicha plataforma estaba limitada por unas fronteras temporales: acabados los Juegos, esta dinámica ha desaparecido.

### Estructuras históricas

En este repaso a los contextos y problemáticas que explican el estallido de los incidentes en el mes de marzo, no hay que olvidar que el conflicto se inscribe también en una estructura histórica profunda dentro de la cual la relación entre Tíbet y China ha sido de permanente ambigüedad y tensión, algo que se sigue reflejando de algún modo en el conflicto actual. La relación entre Tíbet y las dinastías imperiales chinas se ha mantenido en una indefinición que ha dado pie a distintas interpretaciones sobre la naturaleza política de Tíbet. En síntesis, si bien durante algunos períodos

de las dinastías Yuan (1276-1368) y Qing (1644-1911) el imperio chino ejerció un cierto control político sobre la región tibetana (justamente cuando China estaba en manos de etnias extranjeras: mongoles y manchúes, respectivamente), durante los Ming (1368-1644), de etnia han, no hubo control alguno.

Cabe destacar que, históricamente, la preocupación china por Tíbet ha formado parte de una triangulación con los mongoles. La mayor parte de las ocasiones en que las autoridades chinas vieron la necesidad de controlar Tíbet fue por temor a una posible alianza entre tibetanos y mongoles –algo que ya demuestra la problemática relación de China con sus periferias–. Ya durante la dinastía Tang (618-907),

por ejemplo, el imperio chino había buscado una alianza con Tíbet para asegurarse el acceso a la Ruta de la Seda.

La dinastía propiamente mongol, la Yuan, es la que marca el inicio de la asimilación política de Tíbet por China. Antes ya de iniciar la dinastía, Khubilai

Khan, su fundador, se convirtió al budismo y la autoridad política (no religiosa) en Tíbet pasó a ser mongola. Esto explica que, desde la perspectiva china, se considere la fundación de la dinastía Yuan (1276) como la fecha en la que Tíbet pasó a formar parte política de China, y en la cual se impusieron en la región algunos controles administrativos. Del mismo modo, otra fecha simbólica importante fue 1720, durante la dinastía Qing, cuando el ejército imperial chino, acompañado por el Dalai Lama, entró por primera vez en Tíbet para vencer a las tropas zúngaras –pueblo nómada de cultura mongola– que lo habían invadido en 1717. Esto hizo que Tíbet quedara de nuevo anexionado al imperio manchú tras la política menos expansionista de los Ming, y que, desde la perspectiva china, sea otro argumento para sostener la idea de que históricamente Tíbet ha formado parte de China.

Ahora bien, estas consideraciones históricas tienen poco peso desde la perspectiva tibetana, ya que se alega, por una parte, que más allá de la simbología política, el control social y administrativo de una sociedad rural en un territorio vasto y de acceso difícil, estuvo siempre en manos tibetanas; y, por otra parte, que la independencia religiosa, elemento constitutivo de la identidad tibetana, nunca se perdió. Es más, durante la dinastía Yuan y, sobre todo, la dinastía Qing, el Dalai Lama tuvo una importante ascendencia sobre el estado y el emperador chino en tanto que líder religioso.

Esta doble interpretación queda plasmada en el propio control administrativo. El emperador Qing instauró en 1727 la

**“Es erróneo y simplista ver en el nuevo nacionalismo chino un fenómeno generado únicamente desde el gobierno y los medios de comunicación oficiales. Se trata, también, de un sentimiento más espontáneo (...) Los chinos de hoy en día se sienten aún víctimas de este siglo y medio de tensiones y agresiones”**



figura del *amban* para poner fin a una guerra civil tibetana. El *amban* era un representante de la corte imperial en Tíbet que tuvo una mayor implicación y control de la región durante el siglo XVIII, pero que quedó reducido a una figura más simbólica durante el siglo XIX. Esta figura habilita, de nuevo, una doble visión de la condición política de Tíbet: mientras que para los tibetanos, el *amban* era considerado una especie de cónsul o embajador Qing en su territorio, para los chinos era un gobernador de Beijing en esta zona colonizada. Además, es interesante considerar que la mayoría de estos cargos fueron de etnia mongola o manchú: existieron muy pocos *amban* de etnia han.

Otro ejemplo significativo de la ambigüedad política de Tíbet es la negociación tripartita –británicos, chinos y tibetanos– a raíz del tratado sino-británico de 1890. El tratado, firmado por el *amban* sin contar con los tibetanos, delimitaba las fronteras de Tíbet y creaba una delegación comercial permanente de los británicos en Tíbet. Pero los tibetanos se negaban a cumplirlo. Para solventarlo, el posterior Tratado de Lhasa de 1904 proponía una negociación a tres bandas, pero entonces fue el *amban* quien se negó a firmarlo ya que la negociación equiparaba a chinos y tibetanos. En 1906, británicos y chinos se reunieron en Calcuta para llegar a una solución ambigua que –precisamente por su ambigüedad– condensa bien la situación y sus circunstancias: los británicos aceptaban la soberanía china sobre Tíbet pero, a su vez, se les otorgaba el derecho a negociar directamente con los tibetanos.

En el período moderno, tras la caída de la dinastía Qing en 1911, el *amban* fue expulsado y Tíbet proclamó su independencia. En el período de 1912 a 1951, pues, el gobierno del Dalai Lama gobernó en solitario, aunque internacionalmente Tíbet no fue reconocido diplomáticamente. Esta es una situación que se ha dado posteriormente hasta la actualidad: ningún gobierno apoya la independencia de Tíbet a pesar de unas muestras de solidaridad tanto gubernamentales como de la sociedad civil que, como han señalado los especialistas, no hacen más que dar falsas expectativas a los tibetanos.

En la década de los cincuenta, la llegada del comunismo coincidió con el inicio de la guerra fría, algo que, en ambos casos, tuvo importantes repercusiones para Tíbet. Después de que las tropas comunistas ocuparan Tíbet, el Acuerdo de los 17 Puntos de 1951 establecía un régimen especial para Tíbet, con una cierta autonomía pero bajo soberanía china. Se perdía, pues, la supuesta independencia que nunca ha-

bía sido ratificada internacionalmente. Un aspecto clave del acuerdo era que la Región Autónoma de Tíbet no incluía las zonas de mayoría étnica tibetana de provincias como Qinghai, Gansu o Sichuan, que quedaban bajo el dominio directo de Beijing. Esto hizo que en estos territorios se pusieran en marcha agresivas campañas comunistas de colectivización y lo que se consideraba reeducación, que a partir de 1956 provocaron importantes conflictos y una revolución que desencadenó la emigración de refugiados a Lhasa. El escenario se convirtió en una guerra de guerrillas en la cual los tibetanos recibieron el apoyo de la CIA. En este sentido, la búsqueda de apoyos internacionales para revocar el Acuerdo y consolidar la independencia había facilitado la entrada en escena de la CIA que, decidida a crear problemas a China durante la Guerra de Corea, optó por financiar la guerrilla tibetana e incluso directamente al Dalai Lama. En 1959 la revolución llegó a Lhasa y provocó la huida del actual Dalai Lama hacia India, donde, desde Dharamsala, estableció el gobierno tibetano en el exilio. Posteriormente, el bombardeo de Lhasa provocó miles de víctimas.

“ Después de que las tropas comunistas ocuparan Tíbet, el Acuerdo de los 17 Puntos de 1951 establecía un régimen especial para Tíbet (...) Un aspecto clave del acuerdo era que la Región Autónoma de Tíbet no incluía las zonas de mayoría étnica tibetana de provincias como Qinghai, Gansu o Sichuan, que quedaban bajo el dominio directo de Beijing.”

Durante la década de los sesenta y los setenta el escenario de guerra fría radicalizó la situación y puso fin al proyecto maoísta inicial de preservar una cierta autonomía tibetana. La

imposición de las reformas se saldó con un balance nefasto: hambrunas, rotura de las estructuras sociales y un caos que llegó a su auge durante la Revolución Cultural. La década de los ochenta, en cambio, vio como Hu Yaobang pretendía impulsar un plan de desarrollo respetuoso con la identidad y la cultura tibetana, en consonancia con los procesos de apertura en el conjunto de China. Al mismo tiempo, se negoció el regreso del Dalai Lama. Pero las negociaciones fracasaron en gran parte debido al desacuerdo sobre la delimitación geográfica de Tíbet. El gobierno chino proponía a los tibetanos que renunciaran a los territorios del Tíbet étnico a cambio de una mayor autonomía en el Tíbet político. Pero el gobierno tibetano en el exilio consideraba el Tíbet étnico parte irrenunciable de su proyecto, lo cual bloqueó una negociación que para el Tíbet político no era desdeñable. Cabe recordar que gran parte de los exiliados en Dharamsala proceden del Tíbet étnico y se produce aquí un conflicto de representatividad. Estos desacuerdos radicalizaron de nuevo el conflicto, esta vez con ecos internacionales de mayor difusión en clave de derechos humanos y *hollywoodización*. En esta radicalización influyó también el rol mediático adquirido por el Dalai Lama, que realizó múltiples visitas por el mundo (Congreso norteamericano en 1987, Parlamento Europeo en 1988), culminadas con la concesión del Premio Nobel de la Paz de 1989.

Así pues, en los acontecimientos del mes de marzo supuró una herida histórica reciente y no tan reciente. El conflicto actual sigue plasmando cosas como la posición ambigua de Tíbet en relación con sus vecinos, la importancia de la etnicidad en las problemáticas geopolíticas o el papel clave del reconocimiento internacional en la adquisición (o reafirmación) de la identidad propia, elementos todos ellos que subyacen en la estructura profunda de la historia tibetana.

### Múltiples voces entre dos narrativas

La polarización del conflicto en dos paradigmas interpretativos antagónicos silencia las múltiples voces y matices que aportan una complejidad y amplitud no siempre visibles.

En China, si bien es cierto que el discurso del gobierno tiene un gran calibre, no hay que olvidar que no es el único: existe una mayor diversidad de posturas y tonos (limitada y en desventaja para la difusión, pero diversa al fin y al cabo) que la que suele destacar implícita y explícitamente la prensa y la opinión pública occidental. Como ya hemos señalado, en algún punto del conflicto las reacciones de muchos ciudadanos chinos fueron más radicales que las del propio gobierno de Beijing. O, desde otro ángulo, han existido ejemplos de medios chinos que intentaron comprender las motivaciones de las protestas francesas al paso de la antorcha por París y que realizaron una cierta autocrítica para asumir las problemáticas del desarrollo del país.

Por otra parte, a finales de marzo treinta intelectuales, liderados por Wang Lixiong –marido de la escritora y activista tibetana Woese– instaron públicamente al gobierno chino a dialogar con el Dalai Lama. A pesar del control de la información, el manifiesto circuló ampliamente, aumentó el número de adhesiones en centenares y visibilizó una perspectiva más dentro de China, probablemente numerosa pero siempre menos evidente, oculta tras la censura y el temor a las represalias.

Asimismo, cabe destacar también que la percepción de los chinos hacia Tíbet no es únicamente en clave geopolítica, sino que existe también una arraigada visión de Tíbet como contracultura que, en los últimos años, debido al impacto y las consecuencias de la modernización en China, ha cobrado un nuevo auge. Para muchos chinos, Tíbet y el budismo tibetano son también una vía de escape, un espacio que ha preservado su esencia cultural y espiritual. No se trata de una reacción totalmente nueva: en los años treinta muchos escritores ya buscaron un tipo de evasión literaria al interior

de China como lugar puro y menos contaminado política y administrativamente; y durante la fiebre cultural de los ochenta el movimiento literario e intelectual conocido como “la búsqueda de las raíces” tenía un objetivo similar. Así, actualmente en Tíbet se da un nuevo episodio de este tipo de ejercicio de autorreflexión sobre la propia condición que China lleva realizando regularmente desde hace décadas. Es significativo, por ejemplo, que uno de los *best-seller* más exitosos de los últimos años en China haya sido *Tótem lobo* de Jiang Rong, una novela –de categoría literaria discutida– que narra las experiencias de un joven han que durante la Revolución Cultural es enviado a Mongolia Interior y que relata cómo el pueblo mongol ha sabido preservar una identidad más pura, en una relación más estrecha con el medio y la naturaleza.

En Occidente, Tíbet y el conflicto tibetano también se perciben y se debaten desde más de un punto de vista, aunque, ciertamente, la imagen dominante es la que implica una demonización de China (que es lo que perciben los chinos) y una *hollywoodización* de un Tíbet idealizado, un romántico Shangri-la que no hace justicia ni a la historia tibetana, repleta de tensiones y conflictos, ni a los tibetanos actuales que viven en unas condiciones que distan mucho de esta imagen. Esta percepción no deja de ser una manera de articular (o rearticular) la relación de Occidente con una China que reclama desempeñar un papel determinante en el devenir internacional. Pero también en Occidente hay voces que no entienden por qué los tibetanos desean aún la independencia si tienen la oportunidad de subirse al carro del progreso económico, la modernización y el capitalismo liberal de la mano del gobierno

“ En algún punto del conflicto las reacciones de muchos ciudadanos chinos fueron más radicales que las del propio gobierno de Beijing. O, desde otro ángulo, han existido ejemplos de medios chinos (...) que realizaron una cierta autocrítica para asumir las problemáticas del desarrollo del país.”

chino. Se espera de ellos, pues, que abandonen las supersticiones religiosas y lleven a cabo esta transición.

Es importante destacar también el peso de la imagen del Dalai Lama en la percepción occidental del conflicto. Las dinámicas generadas a su alrededor son, en el fondo, el mejor ejemplo de las propias contradicciones (o hipocresías) occidentales: el Dalai Lama llena recintos en sus conferencias y actos alrededor del mundo y es recibido por numerosas instituciones y organismos, pero desde un punto de vista diplomático los países occidentales siguen apoyando a China.

Además, hay que tener en cuenta que la composición demográfica de Occidente no es uniforme: los chinos y los tibetanos residentes en el exterior son otro elemento clave que influye en el recorrido interpretativo del conflicto. La reacción de los centenares de miles de chinos en Europa y



Estados Unidos contra lo que consideraron una campaña occidental tendenciosa hacia China durante la primavera de 2008 ha sido muy distinta de la reacción posterior a los hechos de Tiananmen, por ejemplo: en 1989 este mismo colectivo se manifestó mayoritariamente en contra de la reacción represiva del gobierno chino. Se puede decir incluso que, ante los desagrazos informativos de 2008, se ha producido un cierto hermanamiento sinófono entre chinos y ciudadanos taiwaneses o de otras partes de la sinfonía habitualmente en tensión o desacuerdo.

Por otra parte, el activismo pro-tibetano, que goza de una gran visibilidad en Occidente, contribuye a polarizar y radicalizar el conflicto. Organizaciones independentistas en el exilio bajo la coalición Movimiento para el Levantamiento del Pueblo Tibetano y otras como Reporteros Sin Fronteras (todas ellas con financiación norteamericana vía el National Endowment for Democracy) han mostrado posturas y conductas más radicales que la del Dalai Lama (algo que, para los chinos, ha puesto en entredicho las palabras del dirigente tibetano) y han mediatizado en gran parte el conflicto desde Occidente. ¿Y la voz de los tibetanos de Tíbet?.

Atrapados en medio de estos dos paradigmas en oposición, los tibetanos ven como nadie les ha consultado qué tipo de modernización querían o creían pertinente para su región; y ven como les es imposible dar visibilidad a su sociedad –y sus conflictos– en amplitud. Reconocer esta amplitud implica, por ejemplo, tener en cuenta la diversidad de la población tibetana, desde los monjes y monjas de monasterios y conventos a la población nómada, pasando por aristócratas y, como hemos apuntado, emigrantes de otras etnias. E implica también no obviar que las posturas sobre Tíbet de los propios tibetanos no tienen por qué ser uniformes: desde los ochenta se han producido debates entre, por una parte, tradicionalistas (no sólo tibetanos de edad avanzada, sino también jóvenes educados en monasterios) que proponen un retorno al orden tradicional para preservar la esencia de Tíbet y, por otra parte, modernizadores (jóvenes, generalmente con educación universitaria) que creen que hay que abandonar las tradiciones y buscar una cultura tibetana moderna que cree nuevas formas de identidad y de expresión.

Quizás se pueda decir que el pueblo tibetano de Tíbet (es decir, no en el exilio) encarna, en otro contexto, una situación parecida a la que Gayatri Spivak denunció en el ámbito indio en su célebre *Can the Subaltern Speak?*, tanto por la imposibilidad –con trágicas consecuencias– de articular una

**“ Las dinámicas generadas alrededor [del Dalai Lama] son el mejor ejemplo de las propias contradicciones (o hipocresías) occidentales: el Dalai Lama llena recintos en sus conferencias y actos alrededor del mundo y es recibido por numerosas instituciones y organismos, pero desde un punto de vista diplomático los países occidentales siguen apoyando a China.”**

voz propia, como por la problemática existente entre los dos significados que se aúnan en el concepto de *representación*: aquello que se describe y aquellos que actúan en nombre de un colectivo. Huérfanos de ambas bazas y sin una voz propia que les pueda explicar al mundo, ven como los 130.000 tibetanos en el exilio tienen más voz y repercusión global que ellos, los 6 millones de tibetanos de Tíbet.

Así, el conflicto de Tíbet es, también, un conflicto de narra-

tivas y de voz. Podemos finalizar con una nueva dualidad, tan significativa como las que han abierto este artículo. Un ciudadano tibetano puede sintonizar en su tele y en su transistor tanto las cadenas y emisoras oficiales chinas como *Voice of America* o *Radio Free Asia*, emisiones antagónicas que se pueden captar por todo el Tíbet político y étnico a pesar de la censura en las grandes ciudades. Ambas visiones llegan a Tíbet y narran a Tíbet para el mundo y para los tibetanos. En cambio, debido a un férreo control de los medios de comunicación autóctonos, a este mismo ciudadano le será terriblemente difícil articular su propia narración de la historia.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GOLDSTEIN, M. *The Snow Lion and the Dragon. China, Tibet, and the Dalai Lama*. Berkeley, Los Angeles, Oxford: University of California Press, 1997.

IYER, P. *The Open Road: The Global Journey of the Fourteenth Dalai Lama*. New York: Knopf, 2008.

LOPEZ, D. *Prisoners of Shangri-La: Tibetan Buddhism and the West*. Chicago: University Of Chicago Press, 1998.

POCH, R. “ Otro Tíbet es posible, pero no sin China” y “ Tíbet en el péndulo mundial” . *La Vanguardia*, 29 de marzo y 25 de abril de 2008.

SHAKYA, T. *The Dragon in the Land of Snows. A History of Modern Tibet Since 1947*. London: Pimlico, 1999.

SHAKYA, T. “ Tibetan Questions. Interview” . *New Left Review*, 51 (2008): 5-26.